

Mi rincón de León

Andrés González Castro

–Tercer premio II–

LO QUE LLAMAN PROGRESO

No pude evitar pensar en mi familia al leer un artículo de diario sobre la posibilidad de que las generaciones venideras vieran truncarse un progreso que se había venido dando de manera ininterrumpida en los últimos 50 años.

La descripción era punto por punto aplicable a mi caso: abuelo labrador, padre trabajador de la industria e hijo, o sea yo, en ejercicio de una profesión liberal (o algo más o menos asimilable, profesor de lengua). Queda por ver si será real o fabulación apocalíptica que quienes hayan de venir después de nosotros, después de mí, como ya viene mi hija, tendrán o no más oportunidades de abrirse camino y avanzar en lo material aún con mayor pujanza.

Para que tal progreso se diera en el pasado, fue necesario que algo que mis abuelos no habían previsto nunca, irse de su pueblo, se diera con mis padres. Desde ellos se abre un arco hacia mí, que tampoco tengo idea de marcharme de esta tierra, acuciado por la necesidad. ¿Y mi hija? ¿Acaso ella se marchará de la tierra de sus padres para procurarse el sustento? ¿Facilitarán las nuevas tecnologías que pueda radicarse en otro sitio, quién sabe si en la tierra de los bisabuelos que no llegó a conocer?

BARRIO PERIFÉRICO

En mi infancia me forjé la idea equivocada de que mi padre era un gran lector. Contribuyó a esa idea, sin duda, el hecho de que los domingos en misa él fuera uno de los lectores de pasajes del evangelio. No alcanzaba a tanto como mi abuelo Secundino, que en un latín más o menos macarrónico recitaba el rosario de pe a pa, pero leer las epístolas a los efesios y otros pueblos remotos y paganos, y hacerla ante una iglesia expectante, no era moco de pavo. La estadística, sin embargo, es pertinaz y el inventario de libros en casa es lo

bastante elocuente: la biblioteca familiar la formaban una biblia, los volúmenes regalados por la Caixa de Sabadell, novelas del oeste de Marcial Lafuente Estefanía y alguna rareza como *Donde la ciudad pierde su nombre*, de Francisco Candel.

Este ambiente de cultura familiar era el habitual en los chicos y chicas de mi barrio. Si el padre de alguno era practicante, ya era mucho. Lo habitual era que los padres trabajaran en la industria.

Entonces el sentimiento de pertenencia al barrio se imponía al de ciudad. Si a uno le preguntaban de dónde era, antes respondía Bellvitge que L'Hospitalet. En aquel lugar de bloques de aspecto soviético en que se han rodado tantos anuncios que necesitaban dar un aspecto hostil la palabra clave era descampado. Los había por todas partes y para ir al colegio había que atravesarlos, las más veces convertidos en barrizales.

Esa falta de servicios invitaba a huir del barrio los fines de semana. Los sábados y los domingos, antes de comprar un terreno en Sant Pere de Ribes, íbamos al castillo de Montjuïc. Mucho después supe que el castillo había sido prisión franquista y que un presidente de la Generalitat había sido fusilado contra una de aquellas paredes¹; quién sabe si contra alguna de las que yo había lanzado la pelota jugando al fútbol. Desde la explanada en que mi padre jugaba a bolos hasta que se cambiaron a una ubicación más céntrica, desde lo cimero de un extremo del castillo, se veía el mar si uno miraba hacia el este. Pero si un adulto miraba hacia el foso en que se ejercitaban los lanzadores de arco, que rara vez acertaban en el centro de la diana, me imagino que debía hacer un esfuerzo para que no le vinieran a la memoria escenas siniestras de la dictadura que empezaba a dejarse atrás en el espejo retrovisor de la democracia naciente.

INTRODUCCIÓN A LOS BOLOS LEONESES

La guía del perfecto leonés emigrante dictaba un guión que mis padres se aplicaron a rajatabla. Uno de los puntos principales era apuntarse al Centro Castellano Leonés del barrio de Sant Andreu. Posteriormente, una escisión de este centro dio lugar al Centro Leonés, sito en el barrio mucho más céntrico de Sant Antoni, muy cerca del mercado homónimo. Puesto que nosotros vivíamos en Bellvitge, en l'Hospitalet de Llobregat, mis padres no dudaron en secundar

¹ Se refiere a Lluís Companys, presidente de la Generalitat catalana desde 1934. acabada la guerra, 1939, se exilió a Francia. Detenido por la Gestapo en agosto de 1940 fue extraditado a España. Juzgado en octubre de 1940 se le condenó a muerte, siendo fusilado el 15 de octubre de 1940 en el citado castillo. (N.E.).

a los secesionistas: la sede quedaba mucho más cerca y no había que cruzar Barcelona de punta a punta.

Otro de los puntos principales era jugar a la disciplina deportiva de más arraigo popular entre el colectivo inmigrado: los bolos. El peregrinaje de los jugadores de bolos fue el siguiente: Montjuïc, Pare de l'Escorxador (pegados a la Diputación) y luego, en el mismo parque, en la esquina de Aragón con Vilamarí. Más tarde, los pocos jugadores de L'Hospitalet crearon el Club de Bolos el Negrillón y se radicaron cerca de la ermita románica de Bellvitge, junto a la competencia desleal de los petanqueros, que practicaban una modalidad deportiva mucho menos localista y con más federados. Incluso algún leonés practica desde entonces la bicefalia (sic), la imperdonable ambigüedad de sentir amor por una y otra disciplina.

Si algo estaba claro desde siempre es que los bolos leoneses no eran un juego para mujeres. Ellas se encargaban de la custodia de los niños y, en el mejor de los casos, a ellas les estaba reservado el papel de madrinas. Solo vi una vez a una mujer acercarse a la mano a hacer una tirada: era la Dama de Arintero. Una mujer ataviada con un vestido regional de notable barroquismo, sombrero picudo incluido, hizo una tirada honorífica en el Pare de l'Escorxador. Dama de Arintero era el nombre del club radicado en Barcelona y aquel espectáculo singular lo presencié una vez y no más.

Pero no hacía falta tanta aparatosidad para llamar la atención de los peatones. Los raros espectadores del juego, casi siempre personas de paso, siempre lo han mirado con una mezcla de extrañeza e incredulidad. ¿Por qué las bolas son media esfera y no redondas?, ¿para que rueden mejor?. ¿Cómo es posible que se puedan sumar puntos sin derribar ningún bolo? Si algún curioso inquiriere sobre la manera en que se puntúa, acostumbra a quedarse desconcertado.

Uno de los concurrentes actuales más fieles en la bolera de l'Hospitalet mira y remira, acodado en una valla protectora; ¡quién sabe si disimula también su desconcierto! De todos modos, el mirón está ahí con la esperanza de que se acuerden de él a la hora de las cervezas.

El de bolos leoneses es un juego en que no ha habido relevo generacional. Al menos fuera de la tierra en que se originó. Demasiada petanca, demasiado básquet, demasiado fútbol.

NO SE ES DE DONDE SE NACE, SINO DE DONDE SE PACE

Este dicho me lo ha repetido muchas veces mi padre y se lo ha repetido a sí mismo muchas veces para ahuyentar a quienes le reprochan su afecto por Cataluña y el Barça.

Mi padre es de aquellos que se han acostumbrado a oírse decir “el catalán” en León, pese a que su conocimiento de la lengua de Lluïl es más bien rudi-

mentario, y a no ser considerado un catalán para quienes ligan el conocimiento de una lengua al sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional.

Este ser más de aquí que de allá, más de Cataluña que de León, es en mi caso una evidencia irrefutable. Porque ya no nací en aquellas tierras, aunque durante años al pueblo de mi madre lo llamara “mi pueblo”. Porque no solo hablo catalán, sino que lo imparto a adultos que quieren aprenderlo. Porque aunque siga pagando la cuota del Centro Leonés, soy catalán de nacimiento y a mí no me ha hecho falta ninguna elección algo con la que defiende su catalanidad frente a quienes la cuestionan el actual presidente de la Generalitat, José Mantilla.

Por ello no es fácil ser diplomático en el entorno de mis padres, en que el desprecio a lo catalán, como consecuencia natural de un desconocimiento profundo del idioma y una inadaptación notable a las costumbres locales, es moneda corriente.

Recuerdo vivamente una broma del Serranillo, un compañero del Club de Bolos Leoneses el Negrillón, a mi padre: «Mira, nos han puesto “Federación Catalana de Billetes” en la camiseta». Lo que se podía leer era “Federació Catalana de Bitlles”. La última palabra, la más disímil del castellano, quiere decir “bolos”, pero ¿cómo resistirse al tópico de ligar la tacañería, “la avara povertà dei catalani”, al carácter catalán?

Por esas ironías de los vaivenes políticos, ahora la Federación Catalana de Bolos y Bowling, que comprende los bolos leoneses, los catalanes, el bolo palma y los bolos americanos, ha obtenido reconocimiento internacional y puede disputar torneos contra otras naciones, España incluida. ¿Acabaremos viendo un Cataluña-España de bolos leoneses? ¿Jugarán mi padre y sus paisanos un duelo contra su pasado?

PAISAJE Y PAISANAJE

Para un hijo de padres leoneses, el pueblo de sus padres es en la infancia también “su pueblo”. Con la edad, sin embargo, la desafección es creciente e inevitable. Por un lado, la distancia entre uno y otro lugar. En Garfín de Rueda y en Santa María del Condado (a mí me gusta decir todavía “del Monte”) pocos veraneantes procedían de Barcelona, sino que la mayoría procedía de Bilbao y Madrid –léase Vallecas–, localidades a mucha menos distancia. Por otro lado, las experiencias íntimas dejan de estar ligadas al lugar en que nacieron sus progenitores. A lo que hay que añadir que la vida adulta es más compleja que ir a moras o a pescar una tenca apresada en un charco, un día de agosto en que han abierto el pantano.

En los recuerdos infantiles, el tiempo parece detenido. El mundo del pueblo es inmóvil y el eterno retorno a las vacaciones es el reencuentro con los

abuelos y toda una galería de seres asombrosos: el tío Mimo, que labraba cucharas de palo, Jerónima, que tenía más de 70 años y se tocaba la punta de los pies sin flexionar las rodillas; el ciego Santiago, que llevaba décadas sin salir de casa porque una vez que se desplazó desde Garfín al vecino Valdealcón, a 4 kilómetros, “se jeringó”(sic); el tío Lan, que enseñó a una mula a arrodillarse para poder entrar montado en la cuadra; el tío Germiniano, que hervía agamuchas² para mejorarse de la próstata. Va uno mencionándolos a todos y la retahíla antes parece una página de realismo mágico que una estampa de realismo a secas.

En 5º de EGB titulé un trabajo escolar con un rotundo: “Mi pueblo”. Cuando pasé al otro lado de la trinchera, de alumno a profesor, muchos años después, un compañero de claustro escolar, natural de Zamora pero que lleva más de media vida en Premia de Mar, se reía de un alumno que hacía referencia al lugar de nacimiento de uno de sus padres con esos términos: “Mi pueblo”: –”Pero chico”, hacía reflexionar al jovenzuelo, “si tú has nacido aquí. ¿Cómo que tu pueblo?”.

Estuve por intervenir en defensa del rapaz pero, ¿con qué argumento? Sin duda es la inercia y la nostalgia de una especie de paraíso perdido la que hace que nos refiramos con cariño a un lugar en que no hemos vivido más que la vida regalada del veraneante.

¡PAGA, PUJOL!

En un barrio de inmigrantes, un personaje como Jordi Pujol era poco menos que un marciano. Este marciano visitó fugazmente el barrio en alguna ocasión, con motivo de la inauguración del metro, por ejemplo. Sin duda, no podía dejar de tener la sensación de hallarse in *partibus infidelium*³, sensación que no tendría, sin ir más lejos, en la zona centro de la ciudad, habitada por gente arraigada desde generaciones. La dictadura se encargó de fragmentar las ciudades y segregar a los recién llegados en zonas que, como Bellvitge, quedaban encajonadas entre una autovía por un lado, un cinturón industrial por el contrario, y por los otros dos una zona agrícola regada con aguas fecales y nada menos que la vía del tren, protagonista reciente de célebres socavones ocasionados por las obras del AVE.

² Agabuchas. Bayas de cierto espino empleadas, como indica el autor, para afecciones de próstata e intestinales, e infecciones urinarias. En Santa María del Monte del Condado, provincia de León, el gentilicio popular es, precisamente, el de “agabucheros”. (N.E.)

³ Locución latina que debe traducirse por “en países de infieles”. (N.E.).

Quien fuera presidente de la Generalitat de Catalunya ha expresado muy bien cuál es el espíritu con que ciertos catalanes afrontaban vivir fuera de su tierra.

La familia Batlle ha dado varios presidentes a Uruguay. Esa disposición a integrarse en la sociedad de acogida no es, ni mucho menos, la general entre los llegados de León a Cataluña. Un destacado miembro del Centro Leonés en Barcelona me decía de viva voz en cierta ocasión: “Yo no emigré, yo cambié de domicilio”. Y si bien lo segundo es incuestionable, lo primero no lo es tanto con el DRAE en la mano, incluso en una interpretación suave del término *emigrar*: “3. intr. Abandonar la residencia habitual dentro del propio país, en busca de mejores medios de vida”. ¿No abandonó su residencia habitual dentro del mismo país (obviemos ahora que abandonó en País Leonés)? ¿No fue ello para ganarse la vida mejor de cómo lo estaba haciendo en su tierra natal? Aparte, si él o mis padres no hubieran emigrado, sería tanto como decir que estoy participando en este concurso de forma fraudulenta, pese a que soy hijo de leoneses que no viven en su tierra.

En mi barrio, y me imagino que en otros sitios, el presidente de la Generalitat era algo así como un marciano empeñado en hablar una lengua residual. Alguien a quien solo cabía invocar, como hice yo alguna vez al colarme en la estación de metro que él mismo inauguró, al calor de la exaltación juvenil y quién sabe si envalentonado por el alcohol, al grito de: “¡paga, Pujol!”.

UNA PROPINA INESPERADA

Algo que para mí ha tenido un valor incalculable ha sido el contacto directo que he tenido con los sustratos populares de la lengua castellana, gracias a mis estancias de un mes al año en aldeas. La frecuentación (sic) de personas como las que he mencionado, cuyo número mengua a pasos agigantados, me llevó a amar esa lengua viva y en extinción, trufada de localismos, llena de matices y amenazada por el progreso. Porque es una lengua llena de sugerencias. *saltipajo, gallaroto, coronjoso* (sic).

La primera, para los iniciados en el habla de aquellas tierras, no es ningún secreto que se refiere a ese animal al que le quitábamos una pata para ver qué pasaba, y luego la otra, claro, y venían las hormigas y se la llevaban en andas al hormiguero. A Tila, prima de mi madre, la amonesté irónicamente porque enseñaba a un bebé granadino, de paso por el pueblo, qué era un *gallaroto*: “¡Va a aprender antes a decir eso que papá o mamá”!

Por lo que respecta a la tercera de la tríada, es una palabra que casi rompe la separación entre significante y significado, porque quiere decir “horadado por las termitas” y que ella misma está llena de sucesivos vacíos, de los diferentes círculos huecos de las oes.

Sospecho que el aprendizaje de todo ese caudal léxico paralelo tuvo que ver poco con mis estudios. Pero estos, sin duda, me sirvieron para poner nombre a todos esos fenómenos de lengua: asimilación, disimilación, atracción paronímica o etimología popular... Me bastó con ciertos rudimentos para atreverme a ir por el pueblo con unas fichas y un lápiz. La palabra que se ponía a tiro, la apuntaba. Intentaba ser disimulado, para ser más científico y que el sujeto no influyera en el objeto de investigación, pero al poco ya muchos me decían: “¿Ésta la tienes? Mi abuelo la dice”. Consulto por encima la página web Lengua leonesa.com y compruebo –con una mezcla de incredulidad y satisfacción de investigador a horas perdidas– que ni están recogidas todas las palabras de mis fichas ni de todas ellas concuerdan los significados.

DE POESÍA Y OTROS DESVARÍOS

En el Centro Leonés tuve la suerte de asistir en mis tiernos 18 a una lectura del poeta Ángel Fierro. Fierro, natural de Cármenes y residente en Barcelona, está en las historias de la literatura, al menos, en uno de los tomos de Francisco Rico que manejábamos en la facultad. Formaba grupo literario con otros autores, el más sobresaliente de los cuales, o al menos quien ha tenido más repercusión, es el académico de la lengua Luis Mateo Díez. Verlo junto a nombres tan ilustres y en un librote tan acreditado en las facultades me impresionó.

Fierro había estudiado en los frailes, donde coincidió con mi padre, el único año que éste quiso estudiar. Allí trabaron conocimiento, pero ya en Barcelona no se habían tratado en mucho tiempo.

Después del recital, me acerqué con mi padre al poeta y entablamos conversación. Como quiera que yo dijese que también escribía versos, mejores o peores, Fierro me invitó a visitarlo en su domicilio. En su piso de la avenida Meridiana nos vimos unas semanas más tarde. Yo llevaba bajo el brazo una carpeta con mis poemas más tempranos, casi todos en versos octosílabos y rimados, aunque algunos posteriores ya se aventuraban por otros derroteros. Fierro tuvo el buen gusto de prestarme varios libros inolvidables, dos de ellos escritos por leoneses de nación o de adopción: Antonio Gamoneda y Julio Llamazares. Aparte del uso del versículo, que yo desconocía, me atrajo cómo se veía al trasluz del tratamiento poético el paisaje leonés nevado, que no he vivido, pero también el uso de arcaísmos y palabras íntimamente ligadas a unas vivencias que también eran mías. No he pastoreado vacas, me daba miedo ordeñar a mano, no he matado un conejo de un golpe seco en la nuca. Pero sé qué es todo eso, lo he visto y me apena el cambio de modo de vida que deja atrás el tradicional.

Cuando salí de casa de Ángel, por vez primera, salí con un tesoro: aquellos libros que tardé en devolverle. En la segunda visita, me llevé una suerte de bendición con un “tú ya eres poeta” que me ha hecho perseverar hasta la fecha en el magnífico error de leer versos y hasta escribirlos.

EL MITO EN RUINAS

La visión que uno tiene de su propia familia con frecuencia adolece de un cierto maniqueísmo. En mi visión particular, mi reducto de mito inapelable lo ocupaba mi abuelo Esteban, a quien llamaban Estebonas en varios kilómetros a la redonda. Sería exagerado llamarlo terrateniente, porque trabajaban para él los de la familia y no gente contratada ex profeso, pero lo cierto es que apostó por comprar tierras como manera de ir acrecentando el caudal familiar hasta el punto que llegó a ser el que más tenía del pueblo. Esas tierras que ahora ya no quiere nadie, que otros llevan y dan para poco más que para pagar la contribución, han tenido la mala suerte de no estar en zona edificable, de quedar al margen de la previsión de urbanizaciones, han tenido la mala suerte de no servir para algo que no sea cultivarlas de grano o llenarlas de pinos o cerezos. Ni siquiera están en zona expropiable, al lado de una carretera nacional que ensanchar: no valen un real.

La idea de los nobles labradores que me había forjado me saltó en pedazos en una sobremesa con uno de mis tíos: “Tu abuelo nos hacía trabajar que nos deslomábamos. Y cuando me quise ir con tu tía, no me dio una peseta”. Es decir, que mientras uno vivía bajo su techo, no faltaba cocido con algo de carne, tocino, chorizo y lo que fuera. Pero, ¡ay de quien osara dejar el nido y vivir por cuenta ajena! A ese le tocaba comenzar desde cero, Y ríete tú de los problemas actuales de vivienda. Vivir en la ciudad realquilado era el pan de cada día.

El mito familiar se dinamitaba desde dentro hasta hacer del patriarca una persona de carne y hueso, bajada del pedestal.

EL GRAN VIAJE

Hoy en día uno puede atravesar la Península de punta a punta en un tiempo razonable. Los más de 800 kilómetros que antaño separaban Barcelona de León han ido menguando poco a poco y se han quedado en poco más de 750 gracias a que hay carreteras que ya no pasan por los núcleos urbanos. Además, se han construido algunas autovías que facilitan el tránsito rápido de un lugar a otro.

Pero tiempo ha las cosas no eran así. En mi más tierna infancia, cuando el ritual de vuelta al pueblo tenía lugar a bordo de un precario SEAT 127 en que

montábamos 5 personas, alguna vez hicimos noche en Burgos. Pero no en un hotel ni en una pensión ni nada que se le pareciera: en el mismo coche. Unas horas en una cuneta de carretera o en un apartadero. El viaje hacia la tierra de origen siempre era acompañado de tíos y primos. Normalmente íbamos dos o tres coches y durante el viaje había que estar pendiente, en caso de adelantar a algún vehículo, de que los compañeros de expedición hicieran lo propio.

Tampoco eran tiempos en que se usara para ir en los restaurantes para tomar siquiera el menú del día. La costumbre, quizás por las estrecheces económicas del momento, era que cada cual llevara las fiambreras con pechuga de pollo rebozada, tortilla y fiambres. El pan se compraba en alguna panadería de la zona. Recuerdo con afecto el de Villafranca Montes de Oca, antes de la parada obligatoria en la Fuente del Carnero. El agua de aquel manantial nos parecía excelente, pero ahora un cartel deja bien claro que no es potable. Quizás aquel sabor crudo del agua era algo así como un recordatorio de la cercanía del pueblo, después de la paliza que uno llevaba a sus espaldas.

LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO

La casa de tu abuelo era una pasada. La destrozaron con las reformas. La han dejado hecha una pena.

Mi abuelo Esteban, el tío Estebonas, el padre de mi madre, dividió la casa en tres partes en su testamento. La cuadra de las vacas, la de los gachos y el pajar, para su primogénito, tenido en primeras nupcias. El patio, el horno de pan y el gallinero, para el primer hijo de su segundo matrimonio. El resto, para mi madre, para compensarla por cuidarlo hasta su muerte.

Aquella casa de la que se segregaron dos partes que, una vez derruidas, dieron lugar a un solar en el que se ha construido hoy un moderno chalé, era una caja de sorpresas. Mejor dicho, muchas cajas de sorpresas, tantas como habitaciones. En una de ellas, por ejemplo, había un arcón desvencijado que atesoraba libros escolares del año 39 en adelante, libros que yo leía con fruición, y de los que me atraían sobre todo unas ilustraciones en blanco y negro de línea bien perfilada. Del techo de esa habitación colgaban unas tiras de tocino rancio para hacer jabones que impregnaban de olor la estancia polvorienta.

En una de las habitaciones de la planta baja había una bicicleta. “Es de tío Evencio” (pronúnciese Vencio, claro). O de tío Serafín. O de cualquiera de los otros tíos innumerables. La casa estaba llena de cachivaches que siempre eran de alguien que no los quería en casa. Aquella bicicleta era dorada y tenía las ruedas llenas de arena. “Es para que las ruedas no se pinchen”. Quienes han conocido los pueblos antes de que se asfaltasen pueden dar fe de que hubiera sido imposible dar una pedalada por aquellos pedregales sin pinchar un neumático.

Aquella bicicleta dorada tenía hasta marchas. Para mí, acostumbrado a una Torrot pesadísima en un pueblo empinado, montar en ella hubiera sido un sueño. En casa de mis otros abuelos había una parecida y con cada pedalada se avanzaba una barbaridad. La mística de aquellas bicicletas radicaba en gran medida en la manera en que se montaban, de una manera muy particular: como el cuadro tiene una barra horizontal que impide pasar la pierna de un lado a otro, se solía poner el pie izquierdo en este pedal, dar impulso al vehículo con el derecho y, después de un par de saltitos, trazar un arco grácil con la pierna derecha hasta llevarla a ese mismo costado, donde esperaba el otro pedal. Eran unas bicis enormes, majestuosas, de las que uno apenas podía levantarse para dar más impulso y debía recurrir, como alternativa, al golpe de riñón.

Hace años era fácil ver a algún paisano montado en una de esas bicicletas, con una horca atravesada sobre el manillar, yendo a un “prao” para dar la vuelta a la hierba. Si en vez de cruzarla sobre el manillar la llevaba paralela al cuadro, parecía talmente la estampa de un caballero medieval en un torneo.

LEÓN Y MIS SOBRINOS

Lo normal es que los emigrantes de los 60 y 70 tengan en poco el folclore de su tierra de origen y tampoco hayan preservado con el esmero debido ciertos elementos del hábitat rural, si tienen aún casa en un pueblo. Es frecuente ver cómo los portones de madera se cambian por horribles puertas metálicas. En mi casa, cometimos la sandez de rachar (sic) un par de carros de madera de negrilla que nos molestaban en el portal, sólo para convertirlos en leña. Me viene a la cabeza un verso de Gamoneda: “Mi vergüenza es tan grande como mi cuerpo”. Pero yo tampoco puedo volver atrás y reconstruir ese carro.

Quizás compensa en algo ese agravio a la memoria el hecho de que hace poco me sorprendí oyendo a mis dos sobrinos, de 4 y 6 años, tocándose las manos alternativamente mientras dejaban ir una retahíla graciosísima:

*Pimpineja.
la madre la coneja
conejita real,
pide pola sal,
sal menuda,
pide pola cuba,
cuba de barro,
pide pol caballo,
caballo morisco,
pide pol obispo,
obispo de Roma,
tapa esa corona,
que no te la vea
la gata rabona.*

Esta versión es la que les había enseñado mi padre y difiere un tanto de la que se recoge en algunas revistas de etnografía. Uno de los rasgos lingüísticos más sobresalientes es la omisión de la preposición *de* entre sustantivos y la contracción de *por* con el artículo, a la manera del bable⁴.

De manera espontánea, otro día mi padre cogió a mi pequeña Aina, la puso en la falda y empezó a cantarle otra retahíla que hundirá sus raíces en quién sabe que hondura de siglos:

*Tente acá, tente allá,
que no cabes
más acá.
Si cupieras
aquí estuvieras.
Los hijos del rey
sierran bien,
las de la reina
también.
Las del duque
Maderuque
truque truque truque.*

Cuando oye estas pinceladas de surrealismo popular, uno se reconcilia con la pared blanqueada del portal en que cuelgan los cuatro instrumentos de

⁴ El bable o *asturianu* es una lengua vernácula de Asturias, presente también en el norte de León, derivada del antiguo romance leonés, en cuya promoción se está trabajando activamente. (N.E.)

labranza que se han salvado por obra de milagro del afán modernista de destrucción, como si el pasado agrícola fuera algo de lo que avergonzarse.

MI RINCÓN DE LEÓN

De todas maneras, me cuesta mucho identificarme con todo León.

Parafraseando el texto de aquella pegatina que exaltaba los encantos de la provincia, a mí no me gusta rincón por rincón, pues no alcanzo a conocerlos todos, sino solo mi rincón. Me gustan la tapia del cementerio que saltábamos de mozos con algunas chicas; los tapines en lo alto de las tapias de adobe; las cancillas a la entrada de la mi buertina⁵; el trigo y el centeno dorados como en la canción de misa “Una espiga dorada por el sol”.

Mi León son las estrellas pintadas en las tablas del techo de la iglesia, que no se veían desde dentro del templo y que había que ir a ver pasando por el hueco de las escaleras del campanario. Mi León es la fuente de la Pedorra, la de la Salguera, la de la Callejita, los caños en los que ya no lava casi nadie, los Álamos, el Coto, Valdesaz, los Tragüezos, las plantas de Serafín. Mi León es Santa María del Monte y poco más.

⁵ Huerta. (N.E.).